

Hablemos del café y de la crisis

Por DON JACINTO

¿Son buenas las perspectivas de nuestro café? Se mantendrán por mucho tiempo los altos precios de que en la actualidad disfrutamos? Los cafetaleros dicen que sí. El sentido común y la ciencia económica dicen que no. A la vuelta de pocos años tendremos catástrofe.

Apliquemos el sentido común. Como los precios del café en los Estados Unidos son altos, toda la América Latina está sembrando café. El Brasil ha creado una nueva zona cafetalera que produce veinte veces más que Costa Rica entera. Países que antes no sembraban esa planta ahora están sembrándola. Y los que la sembraban, están ampliando e intensificando cultivos. Por la víspera se saca el día. En Costa Rica se está sembrando en San Carlos y en El General. Pronto nuestras cosechas anuales estarán duplicándose. Fácil es deducir de aquí, que antes de poco tiempo, el mercado yanqui estará inundado de café, y los precios se vendrán al suelo. Entonces será el crujir de dientes.

Algunos sostienen que el consumo de café va en aumento en los Estados Unidos. Pero los signos de los tiempos parecen indicar lo contrario. El pueblo de los Estados Unidos está confrontando ya una seria crisis económica. Esto ya no lo ocultan ni los funcionarios del Departamento de Estado. Un senador yanqui ha dicho, que urge otra guerra como la de Corea para que la producción de la industria pesada yanqui no se paralice. Hay ola de quiebras en los Estados Unidos. Centenares de fábricas pequeñas y medias han cerrado sus puertas. Centenares de bancos han dejado de funcionar. Los desocupados pasan de seis millones; y los semi-desocupados, de ocho millones. Por eso los grandes monopolios están contra la paz. Ellos creen que sólo la guerra puede salvarlos de la catástrofe económica. Sea lo que sea. Lo cierto es que el poder de consumo del pueblo norteamericano va disminuyendo. Y ese pueblo dejará de beber café antes de dejar de beber leche. Pero como la crisis es mundial y abarca todo el sistema capitalista, es tonto pensar que las perspectivas de consumo de café sean halagüeñas.

Las anteriores consideraciones nos llevan a pensar en la crisis.

¿Qué es la crisis? ¿Cómo se produce? ¿Por qué?

El régimen de producción capitalista necesariamente tiene que vivir en crisis económicas periódicas. Observemos aspectos del funcionamiento del régimen capitalista.

Primero: Cada fábrica y cada finca capitalista planea la producción. El director sabe qué cantidad de mercadería necesita producir, qué número de obreros puede mantener de alta, qué número de horas debe trabajar, etc. Cada centro de producción capitalista es un modelo de organización. Pero la sociedad capitalista en conjunto no tiene plan de producción. La producción está regida por una ley ciega: la ley de los precios. Si los precios se levantan, se incrementa la producción.

Si los precios bajan, se disminuye y abandona la producción. No hay un organismo que diga qué cantidad de mercancía se necesita. Es la ley de los precios la que impulsa o paraliza la producción enriqueciendo o arruinando a los productores según el caso. El pueblo consumidor paga siempre los platos rotos. En Costa Rica vimos este fenómeno con mucha claridad en la producción de caña: un año, había escasez de caña y se encarecían el dulce y el azúcar. Entonces todos los productores se dedicaban a sembrar caña. Dejaban de sembrar frijoles, maíz, arroz, para sembrar caña. Resultado? Que un año después faltaban frijoles, maíz, arroz, y había caña para tirar para arriba. Venía entonces una serie de ruinas de cañeros pequeños y medios. Se perdía la caña. Se destruían cañales. Hasta que por la escasez, los precios volvían a subir. El alza de precios repetía el fenómeno que queda explicado atrás. Este es fenómeno típico de la producción capitalista. Eso ocurre en todas las esferas. Ocurre en escala nacional y ocurre en escala internacional. Cuando la producción es mayor, cuando todo es abundancia, estalla la crisis. Entonces viene la destrucción de productos en masa. Y el hambre de las masas en medio de la abundancia. No cabe duda que semejante régimen carece de base científica. Es un régimen absurdo.

Segundo: Dentro del régimen capitalista la producción tiene un fin: la utilidad del capitalista. Quien hace una finca es para ganar. Quien monta una fábrica es para ganar. Se produce para ganar. Sino se gana, se paraliza la producción. Es decir, que todo el trabajo social está supeditado al lucro de los propietarios de centros de producción. Y esto es grave. Cuando la producción crece, los precios bajan por exceso de oferta. Cuando los precios bajan, muchas empresas se arruinan y otras bajan la producción. En ambos casos, aumentan los desocupados. Cuando aumenta la desocupación disminuye el poder de compra de las masas. Cuando el poder de compra de las masas disminuye, aumentan los stocks de mercaderías que no se venden. Y siguen cerrándose fábricas y fincas. Y siguen disminuyendo su producción las fábricas y fincas que no se cierran. Y continúa aumentando la desocupación. Esta es la crisis. Se llama crisis de superproducción. Se produce mucho. Tanto, que se paraliza la producción. Y al paralizarse la producción, disminuye el consumo. Y al disminuir el consumo se amplía la paralización. Es un círculo vicioso. El capitalismo nos da el espectáculo más absurdo de la Historia: el hambre en medio de la abundancia. La destrucción de alimentos al mismo tiempo que los seres humanos mueren de hambre y de desnutrición. Frente a este régimen está el socialista. Dentro del régimen socialista no se produce para el lucro de los capitalistas sino para llenar necesidades sociales. Lo que importa no es que un señor o una compañía gane, sino que se produzca para aumentar el bienestar social. Por tanto, la super-producción, que es una calamidad en el capitalismo, es cosa positiva dentro del socialismo, porque a mayor producción, mayor bienestar.